

# IGNACIO AGRAMONTE—COMFERENCIA DEL MAYO GENERAL ENRIQUE LOYNAZ DEL CAS TILIO, LEIDA EN LA ACADEMIA DE ARTES Y LETRAS, EN LA MAÑANA DE HOY ANTE NU

## MEGOSOS AUDITORIO .-

**A** la entrada de la legendaria ciudad del Camagüey—por ese camino de La Habana que ahora se transforma en la maravilla de la carretera central—frente al puente del río Tini-ma, existe todavía, aunque deteriorada por los años, la magnífica quinta de Simoni, cuyos jardines, ora desolados, hallábanse en Noviembre de 1868 plenos de olorosas flores, ostentando en el centro una graciosa fuente, cuyos cuatro surtidores al esparcir el agua en frisados matices agregaban una sensación de deliciosa frescura a la belleza de aquel sitio encantador.

En los salones lujosamente decorados de aquella quinta, reinaba por su divina belleza, su gracia y distinción, y su refinada cultura, la joven hija del caballero doctor Simoni, Amalia Simoni y Argüelles, unida en matrimonio hacia tres meses, desde Agosto de 1868, a un joven recién doctorado en Derecho, que atraía ya las simpatías del Camagüey, más que por la prestancia de su arrogante figura y la distinción de sus maneras, por la rara severidad de sus virtudes, la rigidez de su carácter y la entereza con que había venido en refidos duelos a muchos oficiales del ejército español por motivos que siempre dictaron el patriotismo y el pundonor. Era Ignacio Agramonte y Loynaz. Ese nombre estaba destinado a la cumbre de la más alta gloria.

Vástago de dos familias ilustres, que habían dado al Camagüey ejemplares alcáides como José Ignacio Loynaz, y esclarecidos magistrados como Manuel Nazario Agramonte, era hijo de un juriscónsulto, todo rectitud y patriotismo, Ignacio Agramonte Sánchez, y de doña Filomena Loynaz y Caballero, dama distinguida, tierna y virtuosa madre y cubana tan abnegada que, viviendo años después en Nueva York en la mayor penuria, renunció la mesada de la Junta Revolucionaria para no disminuir los reducidos recursos de la Revolución. Había nacido Ignacio Agramonte Loynaz el 23 de Diciembre de 1841. Estaba al cumplir los veintisiete años.

### UN TOQUE DE CLARIN

Habiase hecho notar desde el día de su doctorado, cuya tesis finalizaba con este párrafo, claramente alusivo a Cuba bajo la dominación española:

"Por el contrario el Gobierno, que con una centralización absoluta destruye ese franco desarrollo de la acción individual y detiene la sociedad en su desenvolvimiento progresivo, no se funda en la justicia y en la razón sino tan sólo en la fuerza. Y el Estado que tal fundamento tenga podrá, en un momento de energía, anunciarse al mundo como estable e imperecedero; pero tarde o temprano, cuando los hombres conociendo sus derechos violados se propongan reivindicarlos, el estruendo de la guerra irá a anunciarle que cesó su letal dominación."

Uno de los que oyeron este discurso, Antonio Zambrana, nos decía en memorable conferencia: "Aquello fué un toque de clarín", el suelo de todo el viejo convento de Santo Domingo, en que la Universidad estaba entonces, se hubiera hecho que temblaba. El catedrático que presidía el acto dijo que si hubiera conocido previamente aquel discurso, no lo hubiera autorizado; los que debían hacerle objeciones, llenaron sólo de manera aparente su tarea, y yo, que allí me encontraba, concebí desde entonces por aquel estudiante que antes de ese día no había llamado mi atención, una amistad apasionada, llena de admiración y fidelidad que me unió a él hasta su muerte.

"No sólo en la Universidad, en las tertulias literarias del antiguo Liceo de La Habana hubo ocasión—refería Ma-

nuel Sanguily—para aplaudir su palabra fluente, severa y enérgica a un joven que acababa de recibir en la Universidad la investidura de licenciado en Derecho, Ignacio Agramonte, y Loynaz, quien por su elocuencia y extraordinarias dotes de carácter, tan gran papel había de hacer en las convulsiones políticas que sobrevinieron."

### UNA FIGURA DOMINANTE

Realzaba la elocuencia de Agramonte su dominante figura: alto—de seis pies y dos pulgadas—, delgado, pálido, de recta musculatura, fortalecida por la esgrima y el caballo, y sus finas facciones que destacaban los cabellos castaños finos y sedosos y los ojos pardos, grandes y tristes, llenos de alma, como si ya los iluminara el sacrificio. Era de natural reflexivo, respetuoso y de voluntad de hierro; generoso hasta la prodigalidad y tiernamente apasionado de cuanto debía amar: su Patria, su esposa, sus padres, su familia y sus amigos. Nimbaba su persona, como una aureola, algo que penetraba en los corazones, que los conquistaba para el bien, que a los más bravos soldados hacía asomar lágrimas si los reprendía el mal. Y cuando reprendía no lastimaba, sino que cuidaba, con la persuasión, de enaltecer, como el propio, el decoro de los demás. Enemigo como Catón de toda vanidad y de toda mentira, era sincero a toda costa, inflexible contra el desorden y la inmoralidad, justo como Aristides en sus decisiones, heroico hasta la temeridad. Y a la vez, como anota en su admirable libro "Ignacio Agramonte y la Revolución Cubana" su brillante biógrafo, el malogrado Eugenio Betancourt Agramonte, era hombre de grandes conceptos y de grandes acciones.

"Exento de vicios y lleno de virtudes" le califica nuestra gran poetisa Aurelia Castillo.

Con un dominio absoluto de todas las pasiones, ni se rindió a los dolores ni al infortunio, ni vaciló en sus determinaciones, ni en aquel espíritu de sacrificio que le llevó a ofenderlo todo a Cuba; su riqueza, su dicha conyugal, su propia vida!

### DOS GRANDES CULTOS

Aquel joven catoniano tenía, además del de la Patria, otro gran culto en su alma purísima: el apasionado amor a su esposa. La amó tierna, exquisita, exclusivamente. Un culto que ninguna tentación pudo perturbar. "Nos prometimos mi mujer y yo mutua fidelidad cuando nos casamos"—decía a sus compañeros en el campamento, en ocasión de comentarse su castidad incorruptible—. No me creo menos ligado que ella por ese compromiso; y cuando contraigo alguno es para cumplirlo rigurosamente." Sus cartas a su Amalia, a aquella dulce joven, que poseyó el corazón que con más intensidad y pureza haya amado, son modelo de la ternura conyugal.

Refiere Aurelia Castillo que una vez llegó a su campamento una bella joven portadora de documentos y efectos. Cuando terminó de entregarlos, le dijo: "Aún traigo un encargo más grato todavía, que me han confiado las mujeres del Camagüey; darle un abrazo expresivo de su admiración y su cariño." Agramonte recibió el abrazo, pero no lo devolvió. Al ser abrazado, dejó caer sus brazos.

Tal era el hombre que en la noche del 11 de Noviembre de 1868, en el jardín de la quinta de Simoni, besaba los ojos, eurojeados por el llanto, de su pobre novia, y luego de estrecharla por última vez a su pecho, mudo de dolor, saltó al caballo que junto a la

verja le aguardaba y se alejó en galopar desesperado, entre el polvo del camino y bajo los densos nubarrones de la noche, hacia el horizonte sombrío por instantes iluminado al fugaz resplandor de los relámpagos.

En el largo trayecto que galopando recorriera, pudo el íncite silencioso probar la amarga verdad de estas palabras de Víctor Hugo:

"El amor es la más grande de las dichas. El amor es la más grande de las desventuras. Por eso cuando te miro, amada mía, viene a mis labios una sonrisa y a mis ojos una lágrima."

### NOVIEMBRE 11, 1858

¿Por qué tan doloroso sacrificio? Aquella noche del 11 de Noviembre de mil ochocientos sesenta y ocho hacía un mes que la ciudad del Camagüey despertó a los toques de corneta que anunciaban por las calles la proclamación de la ley marcial. En la Comandancia había viva agitación. Percibíanse aprestos militares. Se supo que un hombre de increíble temeridad—Carlos Manuel de Céspedes—había dado en La Demajagua el grito de Independencia; que alzando la Estrella Solitaria había librado en Yara el primer combate por aquellos ideales que hacía medio siglo estaban prendidos en la conciencia del Camagüey, y ya habían producido los primeros mártires y combatientes de Cuba. Aquel grito heroico, repercutiendo hondamente, vació sobre los campos las multitudes patrióticas del Camagüey.

La Revolución cubana era indispensable.—"No me creo menos ligado que ella porción pagaba mayores impuestos, en todo el mundo, no tenía voz ni voto en la aprobación de esos impuestos ni representación se le permitió en el Congreso. La instrucción pública era absolutamente nula, se carecía de derechos y garantías. Las restricciones a la libertad eran intolerables. ¿La justicia? Una irrisión. Refiere el historiador español Piralá un caso típico de la justicia administrada en el mismo Camagüey: el de don Diego Betancourt, tío de El Lugareño, que tenía un pleito con la familia Varona. La víspera del día de la vista se presentó Betancourt en la casa del magistrado de la Audiencia, licenciado Ramos (que luego fué Marqués), quien le expresó que el decidir el pleito a su favor valía un quitrín nuevo. Don Diego se lo remitió el mismo día. Al siguiente, el pleito fué sentenciado a favor de los Varona. Irritadísimo Betancourt se presentó ante el magistrado Ramos, cuando logró al fin apaciguarlo, le dijo: "Pero, compadre, ¿quería usted que el quitrín anduviera solo? Varona me regaló una excelente pareja para que lo arrastrara. Dígame, ¿qué podía yo hacer?"

### UNA REAL ORDEN ABSURDA

La tiranía llegó al absurdo de aquella Real Orden de 24 de Febrero de mil ochocientos sesenta y ocho que comunicó a los Ayuntamientos y a los padres de familia que retirasen al seno de sus familias o enviasen a la metrópoli a los jóvenes que estudiaban en los Estados Unidos.

Castelar, el gran orador y honrado estadista, que antes que republicano era español, dijo: "Soméistais a Cuba al despotismo militar. Nuestros reyes, que eran aquí constitucionales, eran allí absolutos; nuestros ministros, que eran aquí responsables, eran allí arbitrarios; teniais a su Prensa bajo la censura y a su opinión bajo la mordaza; disponiais de sus derechos sin oírlos y de sus tributos sin consultarlos. Los dominios de la libertad acababan en las Islas Canarias. Cuando comenzaba el Nuevo Mundo español, comenzaba el dominio del despotismo, que ningún pueblo puede soportar sin gangrenarse."

La campaña de La Demajagua tenta que levantar en armas el Camagüey.

### UN DISCURSO SUPREMO

Aquella misma noche dolorosa en que Ignacio Agramonte había realizado el tremendo sacrificio de abandonar el objeto de su adoración en la plenitud de la luna de miel, por seguir el azaroso destino de su Patria, Agramonte llegó al campamento revolucionario que lo esperaba.

Una de las primeras cartas de Agramonte a su esposa, le decía, desde la Estación de Las Minas, del ferrocarril de Camagüey a Nuevitas: "Hemos llegado aquí sin novedad y acabo de recibir noticias de que se procuran arreglos que presumo no me gustarán."

¿Qué arreglos eran esos que, contrariando hondamente al novel revolucionario, le habían llevado en rápida y fatigosa jornada a aquel pueblo de Las Minas? Es que allí se reunía el 26 de Noviembre, una gran asamblea popular para aceptar o rechazar el plan de sometimiento a España, ofrecido por el conde de Valmaseda, jefe de operaciones, con el apoyo de Napoleón Arango, que se atribuía la jefatura revolucionaria del Camagüey. Agramonte, inspiradísimo, desbarató uno por uno los argumentos de Arango, concluyendo su magnífica oración con estas palabras, recogidas por la fama: "Acaben de una vez los cabildos, las torpes dilaciones, las demandas que humillan! Cuba no tiene otro camino que conquistar su redención, arrancándola a sus opresores por la fuerza de las armas".

Aquel discurso supremo salvó la revolución en el Camagüey. Acordada por la mayoría la guerra, renunció el mando Napoleón Arango, obstinado entonces y después en su obra de traición, y se constituyó el Comité Revolucionario con Salvador Cisneros Betancourt, Ignacio Agramonte Loynaz y Eduardo Agramonte Piña. El primer acto del Comité fué enviar un emisario a Nassau en busca del general Manuel de Quesada.

### EL PRIMER FUEGO

Al valeroso reto de Las Minas contestó Valmaseda saliendo con 1,500 soldados, de las tres armas, sobre los 150 cubanos que cerca de Las Minas, sobre el puente Bonilla, a las órdenes de Augusto Arango, lo esperaron. El 28 de Noviembre de 1868, a los dos días de la valerosa resolución de Las Minas, tuvo lugar el combate de Bonilla, el primero del Camagüey. Valmaseda confesó diez muertos y treinta y dos heridos, pero sus bajas fueron mucho mayores; los cubanos, dos heridos. Eduardo Agramonte y Vicente Viamonte. Dos días después Valmaseda sostuvo con bastante pérdida, otro combate en Arenillas con las fuerzas de Angel Castillo, que tuvieron un muerto y siete heridos. Uno de ellos fué el tentente coronel Pedro Recio Agramonte, a quien el doctor Eduardo Agramonte amputó un brazo con un machete, seccionado como serrucho, operación que el valiente herido resistió sin una queja.

Asombrado Valmaseda fuése a La Habana en busca de refuerzos y el 20 de Diciembre desembarcó con 700 hombres en Nuevitas, de donde a los dos días salió con 1,500 hombres en su célebre y admirable marcha sobre Bayamo.

La revolución se extendía por el Camagüey presentando el carácter de un levantamiento popular. Las familias lanzáronse al campo. Por otra parte, los españoles aumentaban sus aprestos para la gran lucha que se acercaba. El veinte de Diciembre entró en la ciudad el coronel Acosta y Albear, después de quitar por sorpresa 200 caballos equipados, a las fuerzas de los generales Manuel Boza y Bernabé Varona.

### LA EXPEDICION DEL "GALVANIC"

Pero el 26 de Diciembre de 1868 llegó a la bahía de Guanaja la primera expedición al mando del general Manuel de Quesada y Loynaz, de antigua familia camagüeyana, caudillo de valor y conocimientos militares, adquiridos en la guerra de México contra la invasión francesa. La expedición fué conducida desde Nassau por Enrique Loynaz en su histórico barco Galvanic, que cedió él a Cuba para quedarse en tierra al mando de los rifles de la escolta. Costó la expedición el patriota Martín del Castillo Agramonte, que sacrificó toda su fortuna por la Patria. Esta afortunada expedición trajo 2,540 fusiles Enfield, 150 rifles Spencer, medio millón de tiros, doscientas mil cápsulas, un cañón, 300 granadas y gran cantidad de pólvora, con sesenta jóvenes expedicionarios de La Habana. En el desembarco sostuvo el Galvanic, al mando de su valeroso capitán, un combate con dos cañoneras llegadas de Nuevitas para apresar la expedición, las que fueron rechazadas por el Galvanic y las trincheras levantadas en la playa por Quesada.

Con tan preciosa expedición, subió de súbito la marea revolucionaria. Quesada fué nombrado General en Jefe del Camagüey. El Comité a su vez multiplicaba sus actividades entre la organización militar y la fundación de servicios civiles.

El primer esfuerzo militar del general Quesada encaminado a detener la columna de tres mil hombres que al mando del brigadier Lesca desembarcó en la Guanaja el día 18 de Febrero del sesenta y nueve para auxiliar la ciudad de Puerto Príncipe, fracasó. Una aguda enfermedad del general Quesada, que le impidió asistir al encuentro, fué tal vez la causa de que Lesca forzara el paso de la sierra de Cubitas a costa de más de cien bajas. Los cubanos pelearon con heroísmo durante 2 horas, bajo el fuego constante de la artillería española, pero con muy pocas fuerzas: la del coronel Chicho Valdés y las dos compañías de Rifleros de la Libertad, una al mando del capitán Cheno Boza y la otra, a cuyo frente estaba mi padre, el capitán Enrique Loynaz.

Más afortunadas fueron las operaciones emprendidas por el general Quesada con el concurso de Agramonte sobre los puestos fortificados en La Llanada y en Sabana Nueva, tomado este último por el general Angel Castillo, uno de los más admirables entre los héroes de Cuba.

### ABOLICION DE LA ESCLAVITUD

En tanto, el crecimiento de la Revolución en Camagüey determinó al Comité a efectuar elecciones para una Asamblea de Representantes del Centro, inaugurada el 26 de Febrero de 1869. El mismo día de su instalación, la Asamblea decretó la abolición inmediata de la esclavitud.

No aceptó el Camagüey la proposición que en aquellos días le hiciera Céspedes para que se le reconociese como Jefe Supremo y Capitán General del Ejército Libertador. Cumplió su deber el Camagüey negándose a la dictadura, pero auxilió a Céspedes con 400 fusiles, de los traídos por Quesada.

Agramonte, que ya ejercía incontrastable preponderancia en las determinaciones del Camagüey, había ido a Oriente a entrevistarse con Céspedes para atraerlo a un acuerdo y a la necesaria unificación revolucionaria. Cordial fué la entrevista, pero inútil.

### RUPTURA CON CESPEDES

En comunicación dirigida a la Junta de La Habana el 7 de Febrero de 1869,

unos párrafos, escritos por Agramonte, dan exacta idea de los motivos que separaban de Céspedes a los revolucionarios del Camagüey.

Dicen así: "Concluye su comunicación diciendo que al dirigirse esa Junta a la del Camagüey es en el concepto de que ésta depende del Gobierno Provisional de Bayamo, a cuya cabeza está el C. Carlos Manuel de Céspedes. Hemos leído esas palabras con profundo sentimiento; porque no dependemos del C. Céspedes y tanto mayor es ese sentimiento, cuanto que estamos resueltos a no depender jamás de dictadura alguna, ni a marchar por el sendero que ha trazado la primera autoridad del De-

partamento Oriental. Amamos la unión estrecha de todos los cubanos, y sin ella no concebimos el bien de Cuba; pero esa unión no puede tener otra base que la de las instituciones democráticas, y no podemos ni debemos comentarlas sobre el capricho o la voluntad de un hombre, porque tanto valiera el régimen que condenamos en los opresores de Cuba: el que nos lanzó a la Revolución.

Pero no es eso sólo: la dirección dada por el Jefe del Departamento Oriental a los negocios públicos no puede satisfacer las elevadas aspiraciones de los habitantes del Centro. El C. Céspedes ha establecido en toda la administración española, que con su desmedida centralización corta el libre ejercicio de la acción individual y que, con su farrago inmenso de empleados, da pábulo a la desmoralización y consume el Tesoro público; una organización administrativa, en una palabra, que mal se puede armonizar con la sencillez de los Gobiernos democráticos.

Su organización militar: ¡Veintinueve generales! ¡La insubordinación y la indisciplina! ¡La libertad de cultos lastimada por la asignación de sueldos al clero católico y las funciones religiosas ordenadas por el poder militar! Y por todas partes la confusión emanada de la fusión de los poderes en un solo hombre.

¿Y cuando los camagüeyanos tomaron las armas para sacudir los males del absolutismo, habrán de recaer en la antigua situación, siguiendo al otro departamento en el extraviado sendero por el cual se le lleva? No, el Departamento del Centro quiere, con razón, que, al propio tiempo que los cubanos derroten al caduco despotismo, el poder civil y las bases del orden democrático vayan levantándose, firmes y sólidas, para que a medida que triunfemos, reemplace el bien al mal, la libertad a la opresión. Y como nuestra convicción profunda no nos señala otra marcha racional, infatigables hemos insistido, e insistimos, con el C. Carlos Manuel de Céspedes, para que, renunciando a las prerrogativas y facultades omnímodas con que se ha revestido, constituyamos todos el Gobierno provisional republicano, acatando y reconociendo los derechos del Pueblo."

### ESFUERZOS INUTILES

La Asamblea del Centro, reanudando los esfuerzos por la unión, envió a Ignacio Agramonte y a Ignacio Mora a entrevistarse con Céspedes.

Insistió Agramonte en la abolición radical de la esclavitud, la separación de la Iglesia y del Estado, la separación del Poder Civil del Militar—ofreciendo a Céspedes la Suprema Jefatura de cualquiera de los dos—, la adopción de una constitución que consignara el programa de la Revolución y propiciara el reconocimiento de la República y la reducción de las altas graduaciones militares prodigadas por Céspedes.

Negóse el caudillo de Oriente a reconocer ninguno de estos grandes principios liberales e insistió en que la Asamblea del Camagüey le obedeciese, viniendo a formar parte de un Consejo Consultivo del Capitán General.

En el duelo de estas dos voluntades de hierro—Agramonte y Céspedes—no pugnaba ninguna ambición mezquina, ni en la inmaculada convicción liberal del uno ni en el concepto revolucionario del otro; los dos perseguían con el mismo ardor el triunfo de la República; una sola estrella guiaba a los dos. Céspedes pensaba que toda organización civil perjudicaría a la Revolución, cuyo triunfo hacía consistir en la obediencia ciega de los cubanos a una sola voluntad, la suya, la que había señalado al resplandor de las descargas de Yara la vía heroica de la República. Agramonte, más conocedor de la enfermedad de la América española, de los males incurrables de toda dictadura y de sus funestas consecuencias en el porvenir, tenía de la Revolución el concepto que más tarde enunció el glorioso apostolado de José Martí: que "la República debe venir pura desde la raíz". Ni veía Agramonte peligro en la organización civil, si se la mantenía separada de la dirección de la guerra, que como quería Agramonte debía tener un mando único y amplias atribuciones. Pero tampoco Céspedes creía peligrosa la dictadura; porque había de limitarse a la duración de la guerra, dejando al país recobrado la libre selección de su destino.

A esta oposición en los principios acompañaba otra paralela en los caracteres. Céspedes en Bayamo cree prestigioso y útil entrar en la iglesia bajo palio, al rebato de las campanas. Agramonte, entrando en Guáimaro oye el frenético repique de la iglesia en su honor. Indignado en lo hondo de sus sentimientos y de sus convicciones democráticas, "Que se callen", mandó, "Que se callen, que se callen esas campanas". Y las campanas del caudillaje y de la adulación a los que mandan, fueron desde ese día silenciadas en la primera República.

**LAS DOS TENDENCIAS**

Martí dijo: "De Céspedes el ímpetu; de Agramonte, la virtud. El uno es como el volcán que viene tremendo e imperfecto de las entrañas de la tierra; el otro es como el espacio azul que lo corona. De Céspedes el arrebatado y de Agramonte la purificación. El uno de safa con autoridad como de rey y con fuerza como de luz; el otro vence. Vendrá la historia con sus pasiones y justicias y cuando los haya mordido y recortado a su sabor aún quedará, en el arranque del uno y en la dignidad del otro, asunto para la Epopeya."

Inconciliables en los medios, perseguidores abnegados de un mismo objetivo, separáronse aquellos dos grandes hombres que en ese momento personificaron en Cuba las dos tendencias entre las cuales hace un siglo batallan y sangran los pueblos hispanoamericanos.

Regresó Agramonte dejando a Ignacio Mora encargado de convencer a Céspedes. Y tanto pudieron la perseverancia de Mora, la evidente necesidad de la unión y la acción de los representantes de Las Villas, ya sublevadas, que apoyaban los principios liberales de la Asamblea Camagüeyana, que Céspedes abandonó toda resistencia y pasó al Camagüey a presidir la Asamblea Constituyente de la República. En la larga lucha por los principios, Agramonte le había vencido.

**LA ASAMBLEA DE GUAIMARO**

El día 10 de Abril de 1869 la República de Cuba fué proclamada por la Asamblea Constituyente en el pueblo libre de Guáimaro.

En aquella Constitución, redactada en horas, por Ignacio Agramonte y Antonio Zambrana, hallaron cabida los más bellos principios que ha formulado el pensamiento humano en su eterna lucha por la libertad.

Céspedes fué aclamado Presidente de la República; Francisco Vicente Aguilera, vicepresidente; Cisneros Betancourt, presidente de la Cámara; Quesada, General en Jefe; Agramonte, Mayor General, Jefe del Camagüey.

Pero, si bien se separaron los poderes civil y militar, no dejó de crearse un peligro nuevo con las facultades omnímodas que se otorgaron a la Cámara de Representantes y las muy limitadas que se confiaron al Presidente de la República y a la acción militar del General en Jefe.

Peligro que asomó tan pronto lo precipitaron los primeros reveses militares.

**¡"INDEPENDENCIA O MUERTE"!**

Una manifestación anexionista, dirigida al Gobierno americano—con el solo objeto de propiciar el reconocimiento de la Independencia, pues ésta y no la anexión era lo ansiado—por la Cámara de Representantes bajo la presión de una petición popular suscrita por catorce mil personas, no pudo tener la firma de Agramonte, porque tres días antes, al empezar a tratarse, apresuró su renuncia del cargo de Representante, para aceptar el de Mayor General de la División del Camagüey. Pensó que con el triunfo de sus principios en Guáimaro y la organización de la República democrática, había terminado su brillante labor política para comenzar ahora en defensa de esa misma República la gloriosa acción militar que le reservaba el Destino. Había dicho antes:

—Que nuestro solo grito siempre sea: ¡Independencia o Muerte! ¡Que cualquier otro grito sea tenido como un lema de traición!

**COMBATE DE CEJA DE ALTAGRACIA**

Sólo una semana había transcurrido desde que se vió por primera vez frente a la responsabilidad de tan considerable mando cuando dió a la República su primer victoria en la Ceja de Altagracia.

El 3 de Mayo del 69—con sólo 300 hombres—detuvo cerca de una hora las tropas enemigas de las tres armas, que excedían de tres mil hombres, al mando del brigadier Lesca.

Un rasgo saliente de este combate fué que Agramonte ideó mientras esperaba el paso del enemigo, levantar dos trincheras dispuestas en ángulo, de modo que si el enemigo tomaba la primera, quedaba enfilado por el fuego de la segunda, que lo recibiría diagonalmente. Así sucedió. Las bajas españolas fueron muy cerca de doscientas, aunque al fin las dos trincheras fueron tomadas. El parte español dice: "Por ambas partes hubo tenacidad y empeño y mucho desmerecería la idea del valor de los españoles si en tributo de la verdad no diese a conocer que en esa acción se trataba de un enemigo que se defendía con denuedo y que oponía una resistencia como pocas veces."

**ATAQUE A PUERTO PRINCIPE**

El 19 de Julio de 1869 atacó Ignacio Agramonte la ciudad de Puerto Príncipe por la plaza de la Caridad, la calle de San Ramón, la quinta Carnesoltas y La Vigía. No pudo, por falta de artillería, tomar su ciudad natal.

El 16 de Agosto del mismo año 69, el general Quesada dirigió el asalto de la plaza fortificada de Las Tunas, al frente de mil doscientos hombres y un pequeño cañón. Lograron los insurrectos penetrar en la ciudad hasta la misma plaza, en lucha cuerpo a cuerpo, que produjo tremendas bajas.

No fué posible, con la única deficiente pieza de artillería poseída por los insurrectos, destruir la torre de la iglesia y las trincheras de la plaza. Con todo, la ciudad no habría tardado sino horas en caer en poder de los cubanos, que se vieron obligados a abandonar el sitio por la noticia recibida a la una del día de la aproximación de numerosa columna por el camino de Maniabón.

**DEPOSICION DEL GENERAL QUESADA**

Este fracaso determinó el descrédito militar del General en Jefe Manuel de Quesada. Amparadas en las garantías individuales brindadas por la Constitución, celebráronse juntas de ciudadanos influyentes, para proponer a la Cámara la deposición del General en Jefe y aún del mismo Presidente de la República.

Por su parte el general Quesada convocó para una junta en el Horcón de Najasa, donde trató de explicar su situación a las personas prominentes que invitó: diputados, jefes, oficiales y funcionarios civiles, e insistió en la necesidad de aumentar sus facultades. Agramonte, que llegó a creer que era ese el solo propósito de Quesada, le apoyó al principio. Mas cuando el General en Jefe se le acercó a ofrecerle la Lugartenencia General, a tiempo de expresarle la necesidad de un Gobierno militar, el mismo Agramonte expresó a los miembros de la Cámara presentes la necesidad de deponer al General en Jefe, si no se obtenía su renuncia. La renuncia vino inmediatamente; pero la Cámara negóse a tenerla en cuenta y acordó la deposición.

Designado Tomás Jordán general en jefe, le prestó Agramonte su entusiasta concurso, asistiendo el primero de Enero del año 1870 a la espléndida victoria de Las Minas de Juan Rodríguez, donde 548 cubanos atrincherados y sirviendo se del cañón cogido por Angel Castillo en su victoria del Júcaro, rechazaron tres veces el asalto de tres mil enemigos. Le acompañó al combate del Glueco y al asalto fracasado del fuerte de Punta Prión.

A poco, en Marzo del 70, embarcó Jordán para Nassau y los Estados Unidos de Norteamérica.

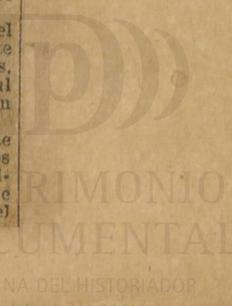
La discordia entre Céspedes y Agramonte asomó otra vez, en ocasión de disponer el Presidente Céspedes de las existencias de uno de los talleres fundados por Agramonte para equipar el ejército y nuevos disgustos le movieron a renunciar el mando de la División, si bien continuó combatiendo con sus ayudantes y pequeña escolta, y de la fuerza de Maraguán, que espontáneamente se le incorporaba en cuantas ocasiones tuvo de atacar al enemigo. Así se batía en El Cercado, Jimirí e Ingenio Grande, donde estuvo a punto de perder la vida.

**REGIMEN DEL TERROR**

La Revolución, arrojada de Las Villas, era abrumada en el Camagüey. Más de veinte mil soldados recorrían el Camagüey en todas direcciones, apresando las familias y pasando por las armas a todos los hombres. Reinó el terror. Las presentaciones se sucedían y no quedaban en todo el solitario territorio sino dispersas partidas, ninguna de las cuales pasaba de veinte hombres. Agramonte, que en aquellos aciagos días sostenía las únicas resistencias, pasó por el más cruel de los dolores de su vida. Su esposa y su hijo, que aquel mismo día, 26 de Mayo de 1870, cumplía un año, cayeron prisioneros de las fuerzas del capitán Arenas, que habiendo sido antes capturado y perdonado por Agramonte tuvo para la esposa del General cubano las más delicadas atenciones. Pero trabajo le dió al capitán Arenas y al coronel Fajardo contener las iras de los Voluntarios en Puerto Príncipe, que querían asesinar al niño de un año, sólo por ser varón. El coronel Fajardo insinuó a la señora de Agramonte la conveniencia de disuadir al jefe cubano de lucha tan desesperada. Amalla le contestó: "General, primero me cortará usted la mano que hacerme escribir a mi esposo que abandone la causa de su Patria."

Ante la gravedad de la situación, el día 13 de Enero de 1871 el Presidente Céspedes, ahogando sus resentimientos, tuvo la grandeza de reponer al general Agramonte en el mando de la División del Camagüey.

Con actividad incansable Agramonte recorrió el territorio, buscando hombres para improvisar algún ejército. Resuelto a emprender algunas operaciones que resucitaran la moral perdida, atacó el



En 20 de Febrero de 1871 la torre episcopal de Pinto. En vano derrochó el valor: tuvo que retirarse sin tomarla. Allí fueron heridos el marqués de Santa Lucía y Manuel Sanguily, que hasta los grandes próceres tenían que formar en las filas.

### LA PALABRA RETO

No le fué posible en los primeros meses de su mando acabar del todo las presentaciones—aun de los jefes más importantes—por el pánico que se enseñoreó de los campos desolados del Camagüey, ni impedir las sorpresas sufridas por algunos jefes menos vigilantes. A manos de las feroces guerrillas de Montaner y Tizón, perecieron en aquellos días terribles muchos jefes distinguidos como el coronel Beauvillier y los generales Federico Cavada y Manuel Boza y Miguel Jerónimo Gutiérrez. Y juntos y a la vista unos de otros fueron macheteados José Ignacio Loynaz, uno de los primeros jefes sublevados, su hermano Fernando y el padre de ambos, don Carlos Loynaz, tío del general Agramonte.

Frente al desastre pavoroso, Agramonte lanzó el apóstrofe más sublime. ¿Con qué cuentas—le preguntaron—para seguir la guerra? El héroe respondió: —¡Con la vergüenza! Aquella palabra-reto, rompiendo con el dinamismo de la pólvora, un nuevo cauce al Destino, puso en pie el abatimiento y a caballo la desesperación.

Siguieron choques sin tregua y sin cuartel: en San Fernando, en Jicotea, en el Asiento, en la Uretania, en Cascorro, en Najasa... En vano su esposa atribulada le rogó, por ella, por Cuba, que no se hiciera así matar. “¿Ya no me amas?”

La exigua caballería camagüeyana, que no sumaba cien hombres en total, frente a veinte mil enemigos, acumulados en el Camagüey, al contemplar a su temerario jefe, como Bayard, sin miedo y sin tacha, le obedeció apasionada y le siguió con idolatría a la lucha más desesperada.

Así se llegó a una de las hazañas culminantes de la Revolución, aquella que en la historia de la emancipación del Nuevo Mundo, sólo encuentra paralelo en la jornada de Máximo Gómez en Palo Seco, la de los Maceo en Pinar Redondo o con las lanzas de Páez en Las Queseras.

### EL RESCATE DE SANGUILY

El día 8 de Octubre de 1871 acampaba Agramonte en el potrero Consuegra, con sólo setenta jinetes, extenuados por las últimas operaciones, que originaron el aforismo popular, espejo de resignación, que decía: “El que no sirve para matar, sirve para que lo maten.”

El general Julio Sanguily, tras mucha insistencia, obtuvo permiso de Agramonte, para salir del campamento hacia Matehuelo, el rancho de Cirila López, que le había de lavar la muda de ropa única que poseía. Dos horas después, en el rancho de doña Cirila, era sorprendido por la guerrilla del sargento Mont. Su ayudante, el moreno Luciano Caballero, procuró salvarlo echándose al hombro, ya que el General no podía caminar de resultas de sus heridas. Corría Caballero con su preciosa carga hacia el bosque, pero el enemigo lo iba alcanzando. Sin esperanza de escapar, negándose al inútil sacrificio de su abnegado ayudante, Sanguily, al pasar bajo un árbol, se agarró con los brazos a una rama y rogó a Caballero que huyese y diera aviso. Colgado del árbol apresaron los españoles a Sanguily. El sargento Mont trató con mucha caballerosidad al ilustre prisionero y sintió tener que atarle una cuerda a la cintura en obediencia a disposiciones superiores. Fue llevado el brigadier Sanguily a presencia del comandante César Matos, que le dispensó toda cortesía y le dió su blusa, pues de la cintura arriba carecía de ropas el Brigadier. En seguida ordenó el comandante Matos la marcha para reunirse con el coronel Sabás Marín, en este orden: 40 jinetes a vanguardia, 20 en el centro, con un convoy, y 60 a la retaguardia, donde iba Sanguily. Mientras esto sucedía, Luciano Caballero, que logra escapar corriendo hasta caer rendido, lleva a Agramonte la noticia de la captura de Sanguily. Agramonte no

preguntó ni cuántos eran los contrarios... En el acto llamó a formación a la carrera, escogió los treinta y cinco jinetes mejor montados y partió al galope sobre el enemigo. Cuando Reeve, volviéndose, le avisó: “Mayor, el enemigo”, el general Agramonte se volvió a aquellos hombres, capaces de seguirlo a la empresa más insensata, y les dió: “Oficiales y soldados: el brigadier Sanguily va en aquella columna, prisionero. Es necesario rescatarlo, vivo o muerto... ¡O todos quedar allí! Corneta: ¡Déguelo!”

Asombrado el comandante Matos de la acometida de aquel escuadrón que le venía encima, mandó pie a tierra, oponiendo vivo fuego a la terrible embestida. En tremenda lucha, cuerpo a cuerpo, los machetes cubanos penetraron la línea enemiga desde retaguardia a vanguardia. El brigadier Sanguily, sacudiendo en el aire su sombrero, gritó: ¡Viva Cuba Libre! Y en la mano recibió un balazo!

Al divisar Agramonte a Sanguily, ensangrentado, se detuvo un instante a abrazarlo y se lanzó a la última carga que dispersó los fugitivos del enemigo.

En el campo quedaron once cadáveres enemigos, entre ellos un teniente; nueve rifles de precisión, dos cajas de educación, tres revólveres, un sable, una tienda de campaña, sesenta caballos y cuarenta monturas. Sólo un muerto costó a los cubanos esta hazaña inmortal.

Los festejos que en Puerto Príncipe se preparaban para recibir, exhibir y fusilar al ilustre prisionero, trocáronse en abrumadora decepción.

“El rescate de Sanguily—dice Ramón Roa—si no salvó, a lo menos alivió la difícil situación, no ya del Camagüey—que era poco menos que desesperada—sino de la Revolución en conjunto, puesto que trastornó los planes del enemigo, poniéndole en cuidado, y produjo una reacción en el elemento cubano; porque a favor de estos chispazos de victoria sintió redvivir el espíritu patriota.”

Al rescate de Sanguily siguieron en la medida de las municiones numerosos tiroteos.

### DISCIPLINA FERREA

Incansable Agramonte, los días que no eran de combate los dedicaba a fundar hospitales y talleres de equipo militar, fundaba academias, redactaba táctica y a la vez que impulsaba la instrucción militar, promovía la cívica, obligando a la más rígida moralidad. Con el propio ejemplo habituó a sus soldados a todas las renunciaciones y al desdén de la muerte y creó una disciplina de hierro que era a la vez una disciplina de amor.

Ya lo dió, presintiendo su fin. Pimentel, el bravo habanero caído en El Carmen, al frente de la escolta: “Los camagüeyanos no tienen más Dios que el Mayor y su manera de adorarlo es lanzarse irreflexivamente al enemigo como legión de diablos.”

El 2 de Noviembre del 71 combatió en La Horqueta; el 3, en El Jagüey; el 10, batió al coronel Pocerull; el 14, en San Mateo, al batallón de la Reina. Y el 17 alcanzó una hermosa victoria sobre la fuerza del capitán Setién, llamado por su arrojo “El Tigre”. Siguiendo una nueva norma de combate, situó delante exploradores que huyendo trajeran al enemigo—perdida su cohesión en la carrera—hacia la emboscada donde, alineados sus jinetes, aguardaba Agramonte. Allí pereció Setién, con toda su tropa. Dos días después, el 19, combatió en La Matilde contra el teniente coronel Vergel, y el 22 contra el coronel Pocerull, haciéndose inexpugnables en un barranco.

Casi sin municiones, por consecuencia de tantos combates, dedicóse a organizar un ejército más numeroso. El Presidente Céspedes, reconciliado con él, tuvo otro rasgo de justicia, extendiendo a todo el territorio de Las Villas el mando de Agramonte.

### COMBATE DE EL SALADO

El 22 de Julio del 72, disponiendo ya de una caballería selecta, obtuvo su bella victoria de El Salado, sobre el teniente Luis González Estévez, que cayó prisionero, mientras su tropa era macheteada. Herido Agramonte, continuó dirigiendo el ataque. Ocultó su herida hasta dispersar al enemigo. Entonces se desmontó para que lo curara el caba-

llero Antonio Luaces. Un balazo le había atravesado ambos omoplatos. Viendo correr la sangre del Mayor, algunos más exaltados iban a matar al jefe enemigo, que herido y prisionero es retaba: “¡Sí; matadme; cumplí mi deber.” El oficial que lo escoltaba gritó entonces: “El Mayor ordena respetar esta vida; nuestra gloria es obedecer al Mayor”. Y obedecieron. ¡Tanto podía frente a todos ese nombre amado!

Agramonte, terminada su propia cura, fué a visitar afectuosamente al prisionero, le expresó la admiración a su valor y le puso en libertad.

Merced a los pertrechos capturados en El Salado, a los tres días, el 25 de Noviembre de 1872, ganó Agramonte su sonada victoria de Jacinto, donde Alférez, el jefe enemigo, quedó muerto entre su tropa acuchillada. Y su valioso convoy en poder de los cubanos.

Cuatro días, después, en El Carmen, puso en fuga a otra columna. La campaña del 73 la empezó, con un ejército organizado, bajo los mejores auspicios.

### PROPUSO LA INVASION

El primero de Enero propuso Agramonte al Gobierno un plan de invasión de Las Villas y Occidente. Sólo pedía cuatrocientos fusiles para acabar y ganar la guerra. El tenía la tropa. Ya había adelantado, con un destacamento, al coronel Antonio Jiménez.

El Gobierno, menos optimista, lo aplazó...

El 5 de Enero derrotó en el campo de Buey Sabana la columna de 600 hombres de Cortés y Santander.

El 21 rechazó en El Jobo el asalto del teniente coronel Macías.

El 24, asaltado por el mismo teniente Macías, en Sao de Lázaro, bajo copioso aguacero, cargo Agramonte al frente de sus bravos, sin montura ni freno los caballos, y después de machetear a muchos y de sangrientas alternativas en disputa del convoy, se pudo retirar, llevándose prisioneros y caballos.

El 6 de Febrero, tras una hora de combate en Ciego de Najasa, se retiró en orden, sin ser perseguido.

Tres días después, el 9, combatió en El Jagüey.

El primero de Marzo dispersó a una guerrilla.

El 3 de Marzo obtuvo una victoria sobre la Guardia Civil al mando del capitán Olega, que abandonó treinta cadáveres.

Cinco días después, el 8 de Marzo, una columna de 300 hombres al mando del comandante Sánchez de Ocampo, acometió en Aguará al Mayor, que sólo llevaba 200 hombres. Se peleó cuerpo a cuerpo. Confesó el enemigo su retirada con 23 bajas, herido el mismo Sánchez de Ocampo. Pero olvidó consignar los diez cadáveres que dejó en el sitio del combate.

El Mayor, incansable, sin tregua su mágica actividad, hizo entonces un recorrido por todo el extenso teatro de operaciones, sin que el enemigo saliera a su encuentro; porque ya—infundía pavor.

En los campos, las familias respiraron. Al pánico substituyó el denuedo, al hambre, la abundancia; y a la carencia las victorias; al infante descalzo y harapiento, el jinete de brillante equipo y armamento, habituado a las cargas temerarias. Agramonte había impuesto, en terrible contienda, el dominio de la Revolución.

Entonces, para pertrecharse y probar un plan audaz, fijó por objetivo a sus operaciones la zona de la ciudad de Puerto Príncipe. Después las llevaría a Las Villas y Occidente, a realizar su plan, lleno de ardor y fe en el cercano triunfo de la Independencia. Antes, asistiría a una conferencia en Las Tunas; porque le interesaba para esa invasión contar con la colaboración de generales del temple de Vicente García y de Máximo Gómez.

### ACCION DEL FUERTE DE MEDINA

Llegó el día 7 de Mayo, el último en que le había de sonreír la victoria. Con su Estado Mayor y su escolta, de ochenta jinetes, escogidos, alegres, entusiasmados, en atrevido reconocimiento, se acercó al fuerte de Medina. Inmediatamente cincuenta Guardias Civiles temerarios vinieron a la carga. Contracarga-

dos al machete, hasta el mismo fuert... perseguidos hasta la casa de vivienda incendiada, marcaron con sus cadáveres la ruta de su fuga.

Decidido a vengarlos salió apresuradamente de la ciudad el bravo coronel don Leonardo Abril, con los capitanes La Torre, Larrumbe y ciento veinte escogidos jinetes de la famosa Guardia Civil.

A la llegada de los asaltantes, la avanzada cubana, cumpliendo el orden del Mayor, huyó a escape, perseguida con furor, hacia la cerca del Cocal del Olimpo, donde con sus ochenta héroes aguardaba Agramonte. La corneta cubana resonó: "¡A Degüello!". A la carga se lanzó frenética, la caballería camagüeyana, arrollando, macheteando al más selecto de los cuerpos enemigos. El coronel Abril, La Torre, Larrumbe, allí quedaron tendidos, entre su tropa descuartizada. El llano cubierto de cadáveres y trofeos: 48 rifles, 2.600 cápsulas, 46 armas blancas, 49 caballos...

Que todas las tropas disponibles en la ciudad vendrían a vengar el doble desastre, pensó el Mayor, y se aprestó a abatirlas. Dirigióse a Jimaguayú, donde tenía concentrada su infantería y alguna caballería: unos 500 soldados.

EN JIMAGUAYÚ

El 10, al medio día, llegaba a Jimaguayú entre las aclamaciones delirantes del Ejército Libertador. Las cornetas, las banderas, los fusiles deslumbaban. Los corazones parecían estallar. Era la apoteosis del honor.

Descubierta aquella cabeza atrayente que albergó el concepto más puro de la República, que jamás desfalleció, que trazó sus rutas a la victoria, empuñando en la mano immaculada la espada del vencido enemigo, arengó Agramonte a los abnegados soldados de la Patria, tendida al sol de Mayo la tricolor bandera de Cuba.

Y luego de acampar, con aquella fiebre de actividad que no le abandonaba, lo inspeccionó todo, presenció los ejercicios, presidió los exámenes de la Academia, confirió el premio de un revólver al oficial que presentó más brillantes notas, que fué el capitán Francisco Carrillo, años después Mayor General, digno por sus virtudes y sus hazañas, del título más grande a que podía aspirar el cubano, el título de discípulo de Agramonte.

Ya de noche, cuando terminaba un banquete, el Mayor recibió aviso de la llegada a Cachaza de una columna enemiga de setecientos soldados. Mandó descansar a la tropa, dió minuciosas instrucciones a los oficiales para el combate inminente, y los mandó retirarse a sus pabellones.

A las dos de la madrugada del 11 de Mayo de 1873 ya el Mayor estaba en pie. A esa hora despachó sobre el campamento enemigo veinte jinetes al mando del comandante Andrés Piedra, de Las Villas, para tirotear la columna en todo su avance. Envío otras exploraciones, en previsión de alguna posible combinación enemiga.

LA BATALLA

A las cinco, al toque de diana, mandó desayunar las tropas. A poco, el de formación las puso sobre las armas. En calma fueron a sus puestos de combate...

La línea cubana, en forma de rectángulo, era la misma del monte, orillando el potrero de Jimaguayú. De los cuatro lados de ese inmenso potrero, tres eran de monte: sólo el lado norte estaba abierto, como anchurosa mancha verde de yerba; más allá divisábase extensa sabana. Por allí vendría el enemigo.

De los tres lados montuosos del potrero, el del oeste estaba ocupado por la infantería de Caonao, al mando del coronel Manuel Suárez y otras infanterías camagüeyanas. Formaban la izquierda cubana. El lado sur del potrero, que era el centro, lo defendía la infantería de Las Villas, al mando del heroico coronel José González Guerra, desplegada a orillas del monte hasta el paso de un arroyo que atravesaba todo el potrero. La extensión de esta línea era de 700 metros y apuntaba hacia la abertura del potrero y de la sabana. A unos 500 metros del paso del arroyo,

en el lado del este del potrero, y tomando la derecha, estaba desplegada la famosa caballería camagüeyana. La mandaba el coronel Enrique Reeve. No hay que decir más. La alta yerba del potrero la ocultaba. Debía cargar, pero sólo cuando el enemigo estuviese quebrantado por el fuego de la infantería, no antes. No sin orden del Mayor.

La admirable disposición de la batalla y el espíritu de las tropas presagiaban un triunfo decisivo, cuyas consecuencias eran incalculables.

Agramonte no se proponía pelear en persona, y así lo expresó a sus ayudantes. Y esto ha originado la creencia, bastante esparcida, de que no deseaba

aceptar un prolongado combate, que le costase muchas municiones. Por el contrario, el general Serafín Sánchez, uno de los factores principales de aquel gran drama, me refirió en la guerra que el Mayor, desde el principio del combate, decidió sostenerlo hasta la destrucción del enemigo, que le pareció posible por la poderosa infantería y la situación en que le colocó.

El enemigo, fusilado de frente y de flanco, recibiría al retroceder la carga de aquella caballería inconcontrastable.

¡FUEGO!

A las siete de la mañana se oyó fuego, cada vez menos lejano, en el rumbo de la sabana. Era el contacto establecido por el destacamento de Piedra.

El Mayor recorrió toda la línea, galopando por el carril interpuesto entre el monte y la yerba del potrero. Dió sus últimos órdenes a los jefes. Se detuvo en la infantería de la izquierda, cuando empezó por allí el combate con la llegada del enemigo acercándose al monte por ese lado de la abertura del potrero. No había visto aquella infantería cubana, que lo recibió a descargas cerradas. En pocos minutos el tiroteó arreció. En seguida la caballería española, dirigiéndose al otro lado de la abertura o entrada del potrero, acometió a la cubana, que le contestaba con viveza. Sólo el centro cubano no entraba en acción, porque el Mayor quiso dejar al enemigo internarse más en el potrero, aumentando la posibilidad de envolverlo. Los españoles, cautelosos, cañoneaban en esa dirección; luego avanzaron sigilosamente, ocultos por la yerba que alcanzaba más de tres varas de alto.

El general Agramonte regresaba ya desde la izquierda donde le encontró el comienzo del combate. Pasó a lo largo de la línea del centro. Habló con el capitán Serafín Sánchez; luego con el coronel Manuel Suárez y Carlos Pérez Díaz, junto al paso del arroyo.

SU MUERTE

Al instante asoció el fuego a la derecha, con la caballería. El Mayor dió una orden al brigadier Rafael Rodríguez, jefe de Estado Mayor, que partió a galope a la derecha. Y en seguida, con sus ayudantes, aquel heroico teniente Jacobo Borrero, Ramón Agüero y Lorenzo Varona, dirigióse a la caballería, pero en dirección recta, atravesando por dentro del potrero. No podía ver a los infantes españoles, apostados bajo la yerba. Pero fué divisado por ellos. ¡De súbito tropezó con las bayonetas enemigas! Rodado, bajo una descarga, quiso, al machete, abrirse paso con sus cuatro acompañantes. Personalmente derribó un soldado. Vió caer su ayudante y él mismo, el Mayor, se desplomó. ¡Muerto el glorioso paladín de Cuba! Un balazo en la sien derecha. Borrero, Agüero y Varona lograron regresar a la línea cubana a dar aviso del desastre.

Reeve, que asumió el mando, anotaba,

dado por la tremenda desventura, ocultándola en su pecho desgarrado, ordenó la retirada inmediata de todas las fuerzas. Marchó hacia El Guayabo. Sólo dejó en observación, frente al enemigo, la compañía de Serafín Sánchez, que sabía la horrible verdad, con encargo de registrar el campo en busca del cadáver. El fuego había cesado. Eran las nueve de la mañana.

Los españoles, recelosos de aquella retirada inexplicable, ignorando la muerte de su terrible adversario, no avanzaron. Acamparon por allí para almorzar, curaron sus heridos y enterraron trece cadáveres junto a un fortín abandonado.

HALLAZGO DEL CADAVER

A las cuatro de la tarde supo el jefe de la columna, teniente coronel Rodríguez de León, por los objetos recogidos por un soldado, que el Mayor General Ignacio Agramonte yacía cadáver en el campo de batalla. Al momento envió con una fuerza al comandante Ceballos, que a las cinco encontró el cadáver.

¡Caso singular! Desde las once, en que se retiró el enemigo, hasta las dos, Serafín Sánchez y sus sesenta infantes buscaron sin esperanzas el cadáver de su General. Llegaron hasta a desenterrar los de los españoles. Encontraron el de Díaz de Villegas y le dieron sepultura, seguramente a pocos pasos de donde se encontraba, bajo la espesa yerba, el de su amado jefe.

Mientras, bajo el crepúsculo llegaron abatidos al campamento. Mientras el silencio y el dolor angustiaban el vivac cubano, el enemigo, ebrio de triunfo, engalanó la ciudad, llenó de banderas las calles, iluminó su palacio, cruzó de fuegos artificiales los fánebres velos de la noche.

Al siguiente día llegó la columna esperada, trayendo amarrado y atravesado en un caballo, el cadáver del Campeón de Cuba. Lo exhibieron. En el Cementerio hicieron una pira y lo incendiaron.

En tanto las bandas militares resonaban y las turbas miserables lanzaban sus vítores alcohólicos, las mujeres del Camagüey lloraban...

EPILOGO

A veces los grandes sucesos, los que cambiaron la faz de la Historia, vinieron de las causas más insignificantes. Victor Hugo dice que el Imperio de Napoleón se hundió en Waterloo porque un guía campesino movió la cabeza. Carlos I perdió el trono de Inglaterra y la vida, por negar el permiso para emigrar a América a un desconocido: era Cromwell. ¡Porque la yerba había crecido en Jimaguayú, cayó la primera República!

El plomo que derribó a Agramonte hirió de muerte a la heroica República del 68. No le faltaron. Después de él, sublimes guerreros y victorias estupendas; pero le faltó el alma. Y sin esa fuerza nerviosa que hace milagros de la abnegación y la fe, se fué extinguiendo hasta morir.

Otro Redentor se acercaría a resucitarla con su verbo casi divino. Ahora era un niño y arrastraba una cadena.

"Hay veces que en la balanza del destino un hombre pesa más que un pueblo y que la suerte de una nación está pendiente de un hilo tan frágil como la existencia humana".

\*\*\*

¡Amemos, cubanos agradecidos, la noble memoria de Agramonte, como

lo amaron a él los héroes, como ellos lo obedecieron, obedezcamos su mandato de patriotismo y dignidad!

¡Y elevemos, frente al Capitolio de los Libres, la estatua del que rompió todos los yugos para alzar el de la Ley. Y en la estatua, y en las conciencias grabemos con caracteres eternos, como un grito de esperanza, como el voto de un porvenir mejor, sa palabra símbolo, la del recurso supremo: la VERGÜENZA!

Handwritten notes and signatures at the bottom right, including "MONO" and "HISTORIADOR DE LA HABANA".